

La Historia en la filosofía de Mariano Iberico

Por Sebastián Pimentel

Nuestro trabajo pretende identificar el concepto de Historia propiamente “ibericano”. Una de las razones que nos motiva a ello tiene que ver con que la filosofía de Mariano Iberico (Cajamarca, 1892 – Lima, 1974) ha sido poco estudiada. Las causas probables que puedan explicar este desinterés son múltiples. Algunas son de carácter material, y van desde el poco estímulo para la investigación en filosofía en el Perú, hasta la dificultad para conseguir las publicaciones del autor —algunas bastante antiguas, dada la falta de nuevas ediciones o reimpressiones de las mismas—. Otras razones son más sutiles, y tienen que ver con la preeminencia o vigencia temporal de ciertas corrientes de estudio, en el Perú, o en el mundo, en detrimento de otras. Sin embargo, es bueno comprobar que el interés por la obra de Iberico no siempre fue tan escaso. Baste recordar que Augusto Salazar Bondy señalara, en su “Historia de las ideas en el Perú contemporáneo”, que Iberico era el filósofo peruano que había “logrado con mejor éxito dar un giro original y un sello distintivo a su reflexión”¹.

A pesar del inicial reconocimiento por parte de Salazar Bondy —quien además había sido alumno de Iberico en la Universidad de San Marcos—, esta apreciación fue abandonada muy poco después. Finalmente, este consideró que la filosofía de Iberico distaba de ser original, y que era, más bien, epigonal². En contraposición con esta postura, nosotros creemos que Iberico sí logró crear una filosofía propia, y no meramente derivativa o imitativa. Es verdad que Iberico parte de la filosofía de Henri

¹ Confróntese Salazar Bondy, “Historia de las ideas en el Perú contemporáneo” (2013) [1965]. Lima: Fondo Editorial del Congreso del Perú/Banco Central de Reserva del Perú., p. 218.

² Uno de los textos que pueden revisarse, en esta dirección, sobre la filosofía peruana en general, es “Filosofía y alienación ideológica” (En: “Perú: hoy”. Siglo veintiuno editores, México D.F., 1971). Fue tan negativa la postura de Salazar Bondy sobre la filosofía no solo peruana, sino latinoamericana, que por esos años inaugurará un debate no solo nacional, sino continental sobre el tema, ya como precursor de una “filosofía de la dominación” o de la “liberación” (cfr. su “¿Existe una filosofía de nuestra América?” (2013) [1968]).

Bergson³. Pero no somos los únicos que ven en “La aparición. Ensayos sobre el ser y el aparecer” (1950), la configuración de una metafísica original⁴, replanteando el método y los problemas de Bergson, hasta el punto de crear su propio sistema conceptual. En otros trabajos nos hemos ocupado del tema. Sin embargo, esta vez nos ocuparemos, exclusivamente, del tema de la Historia en la filosofía de Iberico. Nos proponemos rastrear los primeros indicios del tema en la obra temprana de Iberico, para luego cotejar esos primeros planteamientos con los ya maduros que, muchos años después, expondrá en, “La aparición histórica” (1971), su libro póstumo.

Antes de pasar al tema de la Historia, sin embargo, preferimos, primero, esbozar un apretado resumen de su trayectoria filosófica. Esto, con la intención de contextualizar la obra última del autor, y perfilar algunas corrientes e inflexiones de su pensamiento. Se trata de una síntesis escueta, pero que, en última instancia, ofrece algunas claves de su filosofía.

1.- La creación de una propia metafísica

Podría decirse que el reto de Iberico es el de todo pensador metafísico. Si su punto de partida fue Bergson, su punto de llegada fue una propia especulación sobre el Ser, que se hizo desde muchas influencias complementarias: el emanantismo de Plotino, el imaginismo de Ludwig Klages, y otras no menos acusadas que van desde poetas y filósofos románticos o post-románticos como Novalis y Nietzsche, pasando por algunos pensadores del desgarramiento cristiano —como Pascal, Dostoievsky, y Unamuno—.

³ Es conocida la anécdota, no poco significativa, que cuenta cómo gracias a la intermediación de Francisco y Ventura García Calderón, “La filosofía de Enrique Bergson”, tesis doctoral de Filosofía y Letras (por la Universidad Nacional de San Marcos de Lima) de M. Iberico, de 1916, fue leída por el filósofo francés, quien, luego, le dirigió una carta personal desde París, felicitándolo por su trabajo.

⁴ Cfr., entre otras, las apreciaciones de David Sobrevilla en su introducción a “Ritmos del paisaje”, reedición de “Notas sobre el paisaje de la sierra” de Iberico (Fondo Ed. Del Congreso del Perú, Lima: 2012). Y de Francisco Miró Quesada Cantuarias, véase su “Despertar y proyecto del filosofar latinoamericano” (“Obras Esenciales IX”, Universidad Ricardo Palma, Ed. Universitaria, Lima: 2010, pp. 232 - 246)

Muchas sorpresas deparará, al lector de Iberico, la abundante obra que ha legado⁵. Lo que nos interesa a nosotros aquí, brevemente, y antes de pasar al tema de la Historia, es sintetizar rápidamente su recorrido. Esto, con la finalidad de esbozar algunos temas y conceptos que no se desarrollarán en el presente trabajo, pero que no son menos importantes en el decurso de la obra ibericana.

Un ejemplo de la relevancia de estas instancias es el libro “La unidad dividida”, de 1932. Se trata del primer trabajo filosófico de Iberico que se aleja del bergsonismo. Este libro lo conforman tres ensayos, dedicados a Pascal, Dostoievsky, y Unamuno. En ellos, esboza una filosofía basada en una especie de modelo trágico. Se trata de la vida como división, como muerte y resurrección continua; como desgarró que, sin embargo, no cesa de convertirse en júbilo: “Vivir es dudar, angustiarse, morir. Pero la vida es también resurrección, renacimiento, porfiada esperanza y alegría profunda”⁶. La vida, en ese sentido, es división, separación, negación y, sin embargo, una posterior afirmación —devenida de la muerte—. Esta “dramaticidad”, diríase religiosa, de la conciencia, sin embargo, era también una contraparte de la exaltación de una especie de “videncia” como contemplación estética que supera la imagen tópica de la *doxa*, fruición emancipadora que se había presentado en un libro anterior, “La intuición estética” (1920).

Lo interesante de estos primeros pasos filosóficos, es que va perfilándose un distanciamiento respecto a Bergson, sobre todo en “La unidad dividida”. A la vez, Iberico avanza hacia una singular equivalencia entre el pensamiento trágico antiguo y griego (en la línea de interpretación de la oposición apolíneo-dionisiaca abierta por Nietzsche) con la dialéctica de muerte y resurrección del pensamiento cristiano encarnado en Pascal, Dostoievsky, y Unamuno. Así, el vitalismo de Iberico hace un paréntesis respecto a la pura contemplación, para tornarse dramático, dialéctico, y romántico a la vez. Por otro lado, es interesante ver cómo la dialéctica que pugnaba en

⁵ Aunque su obra comprende trece libros, también deben contarse muchísimos artículos y ensayos suyos publicados en diarios y revistas. Estos artículos y textos dispersos aún no han sido compilados ni editados en conjunto, pese a su importancia.

⁶ Iberico, M. “La unidad dividida” (1932) Lima: Compañía de Impresiones y Publicidad., p. 5.

su obra, entre filosofía estética y metafísica religiosa (de cierto misticismo o religiosidad cristiana), va a resolverse, posteriormente, en una síntesis compleja.

Pero si tuviéramos que referirnos a la forma final de la filosofía de Iberico, podríamos decir que se centra en el concepto de “aparición”, entendido este como “concepto-imagen” que diluye el esquema gnoseológico moderno de sujeto-objeto. Iberico escoge, en ese sentido, la palabra “aparición”, en lugar de “aparecer”, para distinguirse de la metodología fenomenológica o existencialista. Y es que no se trata del “aparecer” de un “objeto” a la “conciencia” o “sujeto” —polaridad todavía presa del esquema categorial kantiano del conocimiento, basado en la síntesis operada por un sujeto—, sino de una imagen como pliegue inmanente. La imagen es “videncia” sin objeto ni sujeto. Es decir, no hay ya esencia ni del objeto, ni del sujeto: la imagen opera un “encuentro” en el que la forma de la exterioridad se compenetra y es co-creada desde la pura contemplación —a la vez operada desde la memoria—: visión de la imagen como acontecimiento⁷.

Por último, y dejando de lado y sin comentar muchas instancias ibéricas — debido a los límites de este trabajo—, quisiéramos referirnos a su último libro, posterior a “La aparición. Ensayos sobre el ser y el aparecer”. Se trata de “La aparición histórica. Ensayos y notas sobre los temas de la Historia y el Tiempo” (1971). Tres años antes de su fallecimiento, en 1974, Iberico presentaría una nueva forma de la “aparición”, la propiamente “histórica”. Se trataba de una aparición “de segunda potencia”, en palabras del autor, que significa una muy interesante teoría de la Historia como configuración y creación —que no deja de tener una calidad estética—, llevando su concepto de “aparición” hacia una nueva metafísica del tiempo, y a algunos diagnósticos del mundo de las últimas décadas que le tocó vivir.

⁷ Confróntese, como síntesis última de esta metafísica, al propio Iberico en este pasaje cifrado en la Conclusión de “La aparición”: “No se dan dos imágenes, una en la realidad y otra en el alma, sino que la realidad es unión, la unidad irrompible de la visión y de la imagen. El espejo proyecta su reflejo y esa proyección es la visión intuitiva de lo real. Esta capacidad del alma para reflejar y ver lo real, revela una cierta comunidad de naturaleza o de semejanza metafísica entre la realidad exterior y el alma”. (Iberico, M. “La aparición”. Lima: Santa María, 1950, p. 227)

2.- Historia y racionalidad

Como decíamos, ya hacia el final de su vida, Iberico ensayó un segundo modo de aparición: la “aparición histórica”, a la que le dedicó su último libro, de 1971. Se trata de una teoría de la Historia, y por lo mismo una crítica a ciertos modos mecanicistas, meramente intelectualistas, de entender la vivencia y la “ciencia” de la Historia. Vuelven acá, también, sus intereses por pensar la naturaleza del tiempo, y por plantear una ontología del devenir. En realidad, es un complemento de una ontología ya concretada en “La aparición. Ensayos sobre el ser y el aparecer”. Ahora, la que hace aparecer el Ser, para Iberico, ya no es la imagen poética, sino la imagen histórica, la configuración histórica que, a pesar de contener características análogas a la imagen poética, tiene sus propias determinaciones.

Lo interesante de este punto de llegada, es que, vistas las formas —a veces no tan indirectas— en que se abordaba el tema de la Historia desde los inicios de la obra de nuestro autor, nos damos cuenta de que, a pesar de tratarse de un problema que siempre concitó la atención del filósofo peruano, solo al final de su vida pudo darle una resolución conceptual sistemática. Quizá esto se deba a un distanciamiento personal respecto a ciertas formas decimonónicas de entender la labor del historiador. Es más, podría decirse que, para Iberico, la práctica histórica, a comienzos del siglo XX, se había vuelto un despropósito. Nuestro autor recriminaba la posibilidad de concebir la Historia como “ciencia”. Su argumento era sencillo: si la Historia versa sobre los seres humanos —entidades espirituales— y no sobre materia orgánica, ¿cómo es posible que sea una ciencia? Para Iberico, la idea de “ciencia” reduce todo a fórmulas o leyes regulares, a relaciones de causalidad, de regularidad y predictibilidad, que no tienen nada que ver —de acuerdo con su acendrado vitalismo— con la naturaleza humana, por definición siempre cambiante y abierta a la novedad. Dice Iberico:

“El concepto de ‘la historia es la ciencia del pasado’ obedece al intelectualismo científico del siglo XIX, que creía poder restituir al pasado yo no sé qué quimérica objetividad y que se ilusionaba con la idea de sistematizar rigurosamente esa pretendida objetividad. El pasado era concebido como una materia petrificada e inmóvil que era posible desenterrar, componer y descomponer con absoluta seguridad y eficacia. El historiador se imaginaba a sí mismo como un ente imparcial y hablaba del desinterés absoluto de la historia y de la plena seguridad de sus métodos.”⁸

En estos pasajes tempranos de Iberico, se puede ver ya una distinción interesante entre una concepción baja, absurda de la Historia, y una concepción valiosa, coherente de la misma. Iberico distinguirá entonces entre una “historia científica”, que fustigó en la cita precedente, y una “historia artística”, que en estos artículos de juventud no termina de definir bien. Lo que queda claro, es que, además de condenar, como falaz, a la “historia como ciencia del pasado”, por las razones ya mencionadas, hablará de otra historia, que no es más que una especie de voluntad de enseñanza moralizante o ejemplarizante que parte de la “historia científica”:

“Entre la historia científica y aquella que podríamos llamar historia artística porque procura vivificar los hechos y percibirlos en su íntima vitalidad, se coloca la historia docente, que pretende sacar del estudio del pasado lecciones para lo porvenir y, sobre todo, elementos para la formación de la conciencia humana o nacional. Tal forma de historia, como toda disciplina que se dirige a proporcionar instrumentos de acción, contribuye a esa nefasta concepción según la cual toda cultura es una técnica y todas las cosas son medios para finalidades instrumentales a su vez.”⁹

⁸ Iberico, Mariano. “¿La Historia es la ciencia del pasado?” En: La sierra. Lima, Año I, N°3, marzo de 1927; p. 27

⁹ Iberico, Mariano. “Reflexiones sobre el pasado y la historia”. En: Mercurio Peruano. Lima, Año VIII, Vol. XV. Nos. 87-88, set.-oct. de 1925. p. 332.

Lo que sucede, hasta aquí, es que Iberico aún no ha terminado de formular su metafísica de la aparición. La metafísica de la aparición de Iberico, como ya hemos señalado en la introducción de este artículo, tiene que ver con una especie de expresionismo ontológico; el Ser de Iberico debe entenderse como un monismo dinámico y en perpetua recreación, que, al estilo neoplatónico, “es, sale de sí, vuelve a sí”¹⁰: siempre el mismo y diferente a la vez. Lo que Iberico propone es entonces una metafísica de la imagen, una metafísica creacionista que hace de la imagen (la “aparición” ya sea artística, cósmica, o histórica) el pliegue o acontecimiento ontológico donde el Ser “en sí” se hace “para sí” a través de la contemplación creativa que se opera desde alma¹¹. Es cuando la Unidad se hace multiplicidad, se hace novedad, diferencia (acontecimiento). Para Iberico, contemplar la imagen como “aparición” puede ser una videncia cósmica, pero también una imagen poética (musical, plástica o literaria) como imagen “refractada” desde el “espejo” del alma¹² – de acuerdo a la propia formulación de Iberico—. La aparición es, entonces, subjetiva y objetiva a la vez, no hay sujeto ni objeto: solo una imagen (aparición) como pliegue que une al alma con el cosmos.

Hicimos esta breve síntesis de la metafísica ibérica, con el propósito de esclarecer su concepción de la aparición histórica, y, sobre todo, con el objetivo de explicar mejor cómo así se supera el primer discernimiento ibérico de la Historia, ese que diferencia entre Historia científica de Historia artística. En el caso de la

¹⁰ Frase del neoplatónico Proclo que gusta citar frecuentemente Iberico. Cfr. “Los dos misticismos”, en “Amauta”. Lima, Año I, N°3, nov. De 1926.; y “Metafísica, poesía y mística”, en “Mar del Sur”. Lima, Año I, v. I, p. 27-29, set.-oct., 1948. Dice allí Iberico, haciendo suya la frase de Proclo: “El ser sale de sí, es el momento poético de la existencia. La poesía es la escisión del ser, la irradiación infinita del principio supremo que, como la luz, prismáticamente se refracta a través del alma en la riqueza inagotable de la vida universal” (p.27).

¹¹ Dice Iberico: “El problema central no está ni en el ser en sí ni en el aparecer tomados aparte, sino en la conjunción ligativa donde se oculta el misterio de la unión, de la separación y del tránsito: y. A este punto indescriptible, a este tránsito absoluto le llamamos *creación*.” (Iberico, M. “La aparición”. Lima: Santa María, 1950, p. 225)

¹² En palabras de Iberico: “(...) el reflejo de la aparición no es una mera receptividad pasiva sino una reacción que al propio tiempo recibe la luz y la proyecta, despertando nuevas apariencias y continuando de este modo el movimiento de la imaginación universal. Así estas tres entidades: ser, aparecer y reflejo especular del aparecer se corresponden y, en cierta medida, se implican y mutuamente se reclaman y engendran”. (Iberico, M. “La aparición”. Lima: Santa María, 1950, p. 217)

“aparición histórica”, se soluciona —ya veremos cómo— el problema de definición que Iberico había vislumbrado anteriormente. Los problemas tenían que ver, también, con la denominación “historia artística”, por oposición a la “historia científica”. Y con el tema de la “objetividad” y la “subjetividad”.

¿Cómo explicar estos problemas categoriales? En su etapa temprana, Iberico tenía que optar por las categorías de “subjetividad” o de “historia artística” para referirse a una acepción válida y que haga sentido del quehacer histórico. Sin embargo, se trataban de concepciones aún muy vagas y, sobre todo, unilaterales. Iberico se atiene a una función meramente “crítica”, de destrucción o demolición de la concepción “científica” e intelectualista (esta última además de ingenuamente “objetivista” o “positivista” de la Historia). Pero no puede todavía proponer todavía una teoría completa y compleja de la Historia.

Sin embargo, con el concepto metafísico de “aparición”, la Historia puede ser, ahora sí, una práctica creadora a la vez subjetiva (aunque solo en tanto supra-personal) y objetiva (en tanto objetividad siempre relativa al tiempo del historiador). Desde el lenguaje metafísico de Iberico, el “en sí” del Ser, se hace “para sí”, a través del alma creadora del historiador. La diferencia con el arte, es que el historiador debe hacer una imagen al modo de una reconstrucción, aunque sabiendo que no es posible la restitución de un pasado inmutable y eterno. Y es que, de acuerdo a Iberico, el historiador debe saber que el pasado actúa sobre él (pasado dinámico)¹³, lo que, a su vez, hace que la creación histórica sea siempre nueva, sea siempre una selección, una puesta en relevancia de determinados temas, una construcción propia de un presente, y, por último, una obra con autoría. Sin embargo, hablamos de una autoría que no permite la interferencia del subjetivismo o personalismo: debe ser entonces supra-personal. Es en esa supra-individualidad o supra-personalidad, que el historiador hace

¹³ Iberico distingue dos formas de concebir el pasado: “Contemplando el pasado, en el fluir temporal, podemos, también, descubrir dos perspectivas. Hay un pasado, antecedente, que puede prácticamente ser identificado con la causa, el origen, la preparación o, simplemente, como segmento de la línea temporal que precede al presente. Es el pasado antecedente anterior. Y hay un pasado subsecuente, posterior, que sigue a la abolición del presente, o que, también, puede ser definido como la conversión del presente en pretérito, del es en el fue.” (Iberico, M., “La Aparición Histórica”, Lima, UNMSM, 1971 p. 23)

historia respetando la Otredad (alteridad) del tiempo pasado¹⁴, del tiempo o la realidad que ya no es (tiempo abolido).

Este es otro punto importante en la concepción de la labor histórica por parte de Iberico, lo relacionado a la “alteridad”. Hacer Historia es, para Iberico, una actividad creadora muy especial, en la medida en que implica una empatía respecto a lo radicalmente Otro, a una realidad diferente a la del historiador. Es el componente imaginativo, crítico, y a la vez estético. Estamos frente a una entidad del pasado —que podemos pensar en muchos aspectos: afectivos, intelectuales, culturales, económicos, políticos, artísticos, etc.— que es diferente, singular: es la percepción histórica como aparición, como pluralidad del Ser¹⁵. Mundo que debe ser respetado en su otredad, y que, a la vez, debe ser aprehendido o subsumido por el historiador, quien es el que debe comprender su sentido. La realidad histórica se hace signo. La intuición histórica significa, entonces, una captación de lo otro en lo mismo, un enriquecimiento de la vida en tanto aprehensión de una realidad humana nueva y diferente que surge desde el pasado. Un pasado a la vez inscrito o referido desde un presente que solo puede ser entendido —ontológicamente— como presente que no deja de abolirse, o sea, de volverse pasado (Historia).

Es interesante que Iberico mencione características, no solo relacionadas con la racionalidad crítica (relacionadas, a su vez, con la configuración de la alteridad histórica), sino propiamente estética. Complejos afectivos, de espacios-tiempos, propios de imágenes particulares y concretas de la Historia, hacen la experiencia del aparecer histórico. Sin embargo, estas determinaciones no agotan el tema. Iberico

¹⁴ Esto en la medida en que hablamos de una creatividad que —a la manera también de lo que debe suceder con la creación artística— no debe estar contaminada por elementos subjetivos (neurosis, deseos, sentimientos relativos a intereses circunstanciales que pretendan “instrumentalizar” la Historia).

¹⁵ Dice Iberico: “La vocación histórica es una forma de la vocación universal humana hacia la trascendencia, es decir, hacia una *alteridad* que supere la mera existencia.(...) La historia quiere encontrar en lo otro, lo mismo, y en lo mismo, lo otro. La historia aspira a trascender el presente en una alteridad existente en sí, y, a la vez, la historia ofrece al hombre la posibilidad de vivir la propia vida en una dimensión sin límites. Y así, su vocación es llegar, por trascendencia, a la inmanencia. Dos tendencias contradictorias y complementarias en el ser humano: hacia la alteridad, y hacia la unidad.” (Iberico, M., “La Aparición Histórica”, Lima, UNMSM, 1971 p.31)

también pone sobre el tapete el tema del mito y su contraposición respecto a la racionalidad histórica. Es decir, se trata del tema de la modernidad, del racionalismo, y de la relación con esa pre-historia que, según Iberico, es propiamente la del Mito. Una consideración del Mito que, importante también para referirnos a la “aparición poética” (artística), es fundamental para hablar del sustrato intersubjetivo e inconsciente de cualquier comunidad. Dice Iberico respecto a la racionalidad y la Historia:

“La historia (...) aparece coetáneamente con la racionalidad que destrona el mito para erigir su propio imperio. Mas la racionalidad, por esencia temporal, es a-histórica, niega perentoriamente la historia. Entonces, ¿cómo se explica que la historia aparezca juntamente con ella [la racionalidad]? Desde luego, la revolución anti-mítica que representa la actividad racionalista, implica, al mismo tiempo, una secesión del hombre individual por relación al grupo primitivo, el cual resulta disuelto en cuanto unidad de coparticipación totalitaria. Esta secesión indica el surgimiento de la subjetividad, y con ella, el del tiempo como sucesión irreversible, y la memoria como posibilidad de conservación del pasado en la imagen.”¹⁶

Toda esta reflexión sobre el tiempo y la historia tiene, entonces, para Iberico, una importancia capital para su propio pensamiento, ya que hace ver ciertas aporías del mundo moderno. Como hemos visto, lejos de cualquier reduccionismo, la racionalidad (y subjetividad) propiamente histórica, si bien es muy diferente a la vivencia mítica, implica componentes afectivos y estéticos esenciales para la consecución de la alteridad y/o la diferencia en la Historia. Es así que, paradójicamente, siendo la Historia una creación del hombre que ya ha salido del mundo mítico, termine por contraponerse frente a una racionalidad meramente técnica, instrumental, lógica o formal, que es totalmente a-histórica. El hombre moderno parece vivir, así, en medio de un conflicto interno. Es decir, la racionalidad histórica, en tanto busca “atrapar” un pedazo de “tiempo-otro” —es decir, en tanto

¹⁶ Iberico, M., “La Aparición Histórica”, Lima, UNMSM, 1971 pp. 13-14.

deja de ser “a-temporal” o meramente lógica—, involucra un grado importante de imaginación, simpatía o apertura a lo Otro. Esto significa que la racionalidad histórica está implicada en un proceso de poiesis, en una experiencia creativa o productiva que, sin dejar de lado su cualidad crítica, relacional, asociativa e intelectual, involucra lo estético y pático. Una racionalidad que, para Iberico, estaría más cerca del arte que de la ciencia. Aunque, hay que afirmarlo con Iberico, no es arte propiamente dicho, en la medida en que no hace ficción libremente, sino que debe atenerse estrictamente —y, en ese sentido, respetando la objetividad que imponen las huellas del pasado— a los elementos históricos. Es así que la vocación ontológica del pasado por “hacerse” presente, confluye con la vocación del historiador por “hacerse de” o “recoger” un pasado, en una era que ya ha instituido la fugacidad de la vida, del tiempo. Así se entiende, desde esta concepción metafísica, una “aparición histórica” que es objetiva y subjetiva a la vez.

3.- Historia y soledad

Finalmente, otra sugerente intuición de Iberico tiene que ver con la noción de “soledad” del hombre o del alma moderna. Esta es otra manera de hablar de la formación de la interioridad o subjetividad histórica:

“En síntesis, el triunfo de la racionalidad sobre el mito, aunque instituye el imperio de una formalidad universal que excluye la soledad ontológica del alma, en el hecho, al deshacerse el prestigio del mito, y con él, el de la comunidad humana que en el mito se funda y alimenta, se produce una nueva soledad, del hombre que ha perdido la íntima coparticipación con sus semejantes, pero que ha adquirido la posibilidad de una vida interior suya propia. Y así aparecería la personalidad, como una forma, no lógica, sino existencial, de alianza o de conflicto dialéctico entre la subjetividad histórica y la objetividad espiritual de la razón ahistórica. La racionalidad triunfa del mito,

y favorece o provoca el resurgimiento de la historia que, a su vez, insurge contra el imperio de la racionalidad intemporal”.¹⁷

Pero más allá de este fenómeno de “interioridad”, el diagnóstico de Iberico, respecto al mundo contemporáneo, y ya en los últimos años de su vida, no es muy esperanzador. En los años sesenta, e inicios de los setenta, nuestro autor ya adivinaba un recrudescimiento de cierto nihilismo, consumismo, materialismo, tecnocracia y pragmatismo que significaban el eclipse de valores occidentales propiamente culturales, históricos, artísticos o relacionados con los basamentos espirituales que tanto defendió toda su vida. En “La aparición histórica” dice sobre Occidente, con no poco pesar:

“Lo malo es que parece que el occidente primordial(...) se fascinara con el espectáculo de su propia disminución, o más bien con el espectáculo empobrecido de sus propias creaciones(...) Panorama de la vida moderna en que la ciencia exacta representa sin duda un timbre de gloria, solo que ella pretende, con peligroso exceso, asumir sin restricciones la representación del universo y la dirección del mundo. Con todo lo cual está en vías de constituirse un mundo de cálculos, de definiciones y de fórmulas en cierto modo autónomas, independiente de los presupuestos espirituales y anímicos que condicionaron el pasado, y cuyos habitantes serían verdaderos **deracinés**, hombres del puro presente, sin espesor temporal ni lejanía.”¹⁸

Esta meditación sobre la era contemporánea está diseminada en muchos de sus escritos, no solo en los últimos. El diagnóstico del vaciamiento materialista y tecnocrático, asociado también a los excesos del capitalismo y el industrialismo, lo esbozó ya desde los años treinta, en el periodo de entreguerras, cuando los fanatismos políticos también tendían su sombra en el ámbito nacional. Pocos han reparado en una fascinante exploración que Iberico tienta entre sus escritos esparcidos en diarios

¹⁷ Iberico, “La Aparición Histórica”, op. cit. p. 14.

¹⁸ *Ibid*, pp. 107-108.

y revistas —más cercanos a la reflexión existencial—, sobre el tema de una interioridad posible en el marco de la modernidad. Una subjetividad si bien secular, capaz de enriquecerse en una ética y estética del tiempo y el espacio cósmicos. Para él, una nueva soledad es posible, una soledad vital, que no pretende regresar a la vida de la comunidad primitiva o mítica, y que, lejos de sucumbir al aislamiento y el vacío, se enriquece en un genuino “poblamiento” espiritual. El problema no es, entonces, la soledad del hombre moderno. El problema, dice Iberico ya en 1936, es que la soledad no parece posible:

“La plenitud de la soledad la siente el hombre ante ciertos grandes espectáculos de la Naturaleza: el mar, la selva, la noche, el desierto (...) y es que esas grandes presencias tienen a la vez que una misteriosa lejanía, una mudez profunda llena de alma (....)”

Y más adelante:

“La soledad [no] es un estado de abandono ni de verdadera y propia soledad. Por eso, ahora que el hombre está realmente solo, ahora que la naturaleza ya no es una vida sino un cadáver y que los humanos ya no saben amar sino meramente explotar y desear, el hombre no se siente solo. Para elevarse a la soledad, le falta el sentimiento de la presencia cósmica del alma, de la vida, le falta el silencio que ha perturbado con la estridencia de sus máquinas, le falta la tristeza que ha ahogado con su falsa alegría, le faltan el espacio y el amor que ha suprimido con la caótica proximidad de todo.... Y así el hombre está solo, pero no tiene soledad.”¹⁹

Es así que la construcción de una interioridad rica, intensa, perpetuamente recreada en la “aparición histórica” (la soledad “buena”, o la única posible), está en conflicto con el lado superficial, vacío, y meramente instrumental de la razón a-histórica. Sin embargo, como dice Iberico, el mundo contemporáneo parece destruir esta “subjetividad histórica”. Toda su vida, Iberico postuló una soledad hecha de distancia hacia imágenes lejanas, misteriosas, maravillosas, que no podemos tocar.

¹⁹ Iberico, “El ocaso de la soledad”. (En: “Social”, N° 121., marzo de 1936, pp. 4-5)

Una soledad poblada, un ser que aparece siempre diferente, siempre nuevo y el mismo. Una subjetividad moderna era, así, posible. Pero el tono de sus textos se vuelve amargo cuando constata que la lejanía y el misterio son imposibles, porque las imágenes se han vuelto cosas a manipular, demasiado cercanas, demasiado explícitas, en una lógica de, como él dice “explotar y desear”. Es el nihilismo que también denunciaron otros filósofos, como Heidegger, desde sus propias filosofías. Iberico llegó a las mismas conclusiones desde una filosofía de la imagen que, como hemos visto, es también una filosofía de la Historia.

BIBLIOGRAFÍA PRINCIPAL DE MARIANO IBERICO

El carácter (1913) Lima, Centro Editorial Beytía.

La filosofía de Enrique Bergson (1916) Lima, Sanmarti y Co.

Una filosofía estética (1920) Lima, Mercurio Peruano.

El nuevo absoluto (1926) Lima, Minerva.

La unidad dividida (1932) Lima, Compañía de Impresiones y Publicidad.

Psicología (con Honorio Delgado) (1933) Lima, Imprenta del Hospital V. Larco Herrera.

Notas sobre el pasaje de la sierra (1937) Lima, Casa de la Cultura del Perú.

El sentimiento de la vida cósmica (1939) Lima, Lumen.

Principios de lógica jurídica (1944) Lima, UNMSM.

La aparición. Ensayos sobre el ser y el aparecer (1950) Lima, UNMSM.

Perspectivas sobre el tema del tiempo (1958) Lima, UNMSM.

El espacio humano (1969) Lima, UNMSM.

La aparición histórica. Ensayos y notas sobre los temas de la historia y el tiempo (1971) Lima, UNMSM.